Egaña y Comp.ª editores.

GALATEA Y ACIS, SORPRENDIDOS POR POLIFEMO.

(Grupo en el jardin del Luxemburgo, Paris)

eran tan famosos los caballos de Diomedes y hasta dónde llegaba el esfuerzo del terrible Aquiles.

«—Cuéntanos ¡oh huésped! dijo al fin, las insidias de los Griegos, tomándolas desde su primer orígen, las varias fortunas de los tuyos y tus propias aventuras, en que llevas ya siete años de andar errante por todas las tierras y todos los mares.»

Callaron todos, puestos á escuchar con gran atencion, y Eneas, desde su alto lecho, habló así:

«—Mándasme ¡oh reina! que renueve inefables dolores refiriéndote cómo los Dánaos asolaron las grandezas troyanas y aquel reino infortunado; espantosa catástrofe que mis ojos vieron y en que fuí gran parte. ¿Quién al narrar tales desastres, áun cuando fuese uno de los Mirmidones ó de los Dólopes ó soldado del cruel Ulises, podría contener el llanto? Y ya la húmeda noche se precipita del cielo y las estrellas que van declinando convidan al sueño; mas si tanto deseo tienes de saber

Fig. 698. — Pirro da muerte á Priamo. (Cuadro de Benvenuti, en el palacio Corsini de Florencia).

nuestras tristes desventuras y de oir brevemente el supremo trance de Troya, aunque el ánimo se horroriza á su solo recuerdo y retrocede espantado, empezaré.»

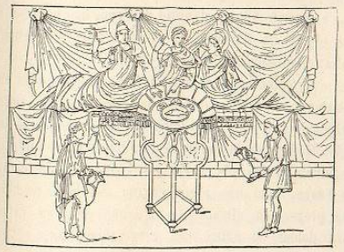

Fig. 699. — Eneas refiriendo á Dido sus desventuras. (Miniatura del *Virgilio* del Vaticano).

Y así alzando él solo la voz, en medio de la atencion universal, refirió los horrores de la fatal noche de Troya y luego los viajes que llevamos ya relatados, hasta su llegada á las costas africanas.

En tanto la reina se consume en oculto fuego de amor; su ánimo sólo se ocupa en el alto valor del héroe y en el lustre de su linaje; clavadas lleva en el pecho su imágen, sus palabras, y el afan no le consiente entregarse al descanso de apacible sueño.

Ya la siguiente aurora iluminaba la tierra, cuando delirante habló Dido en estos términos á su hermana, que no tiene con ella más que un alma y una voluntad:

«—Ana, hermana mia, ¿qué desvelos son estos que me suspenden y aterran? ¿Qué te parece el nuevo huésped que ha entrado en nuestra morada? ¡Qué gallarda presencia la suya! ¡Cuán valiente, cuán generoso y esforzado! Creo en verdad, y no es vana ilusion, que es de divino linaje. Ajeno al temor que á los pusilánimes vence, ¡por cuáles duros destinos no ha sido probado! ¡Qué terribles guerras nos ha referido! Si no llevase en mi ánimo la firme é inquebrantable resolucion de no unirme á hombre alguno con el lazo conyugal, desde que la muerte dejó cruelmente burlado mi primer amor, si no me inspirasen invencible hastío el tálamo y las teas nupciales, acaso sucumbiría á esta sola flaqueza. Te lo confieso, hermana; desde la muerte de mi desventurado esposo Siqueo, desde que cruel fratricidio regó con sangre nuestros penates, ese solo ha agitado mis sentidos y hecho vacilar mi conturbado espíritu. Reconozco los vestigios del antiguo fuego; pero quiero que se abran para mí los abismos de la tierra, ó que el Padre omnipotente me lance con su rayo á la mansion de las pálidas

sombras del Erebo y á la profunda noche, ántes que yo te viole ¡oh pudor! ó infrinja tus leyes. Aquel que me unió á sí el primero, aquel se llevó mis amores, téngalos siempre él y guárdelos en su sepulcro.»

Y al decir esto, brotaron de sus ojos raudales de lágrimas.

«—¡Oh hermana, más querida para mí que la luz! contestóle Ana. ¿Has de consumir tu juventud en soledad y perpétua tristeza? ¿Nunca has de conocer la dulzura de ser madre y los goces del amor? ¿Crees que las cenizas y los manes de los muertos piden tales sacrificios? En buen hora que no haya logrado triunfar de tu afliccion ninguno de los que en otro tiempo aspiraron á tu tálamo, ni en Libia, ni ántes en Tiro, y que rechazases á Iarbas y á los demas caudillos que ostenta el África, rica en triunfos; pero ¿has de resistir tambien á un amor que te cautiva? ¿No consideras en qué país te has fijado? Por un lado te cercan las ciudades de los Gétulos, gente invencible en la guerra, y los Númidas, que no ponen freno á sus caballos, y las inhospitalarias Sirtes; por otro un árido desierto y los impetuosos Barceos, tan temidos en todos estos contornos. ¿Qué diré de las guerras con que te amaga Tiro y de las amenazas de tu hermano? Creo en verdad que el viento ha impelido á estas costas las naves troyanas bajo el auspicio de los dioses y por el favor de Juno. ¡Qué aumento recibirá esta ciudad, oh hermana! ¡Qué imperio será el tuyo con ese enlace! ¡Cuánto se sublimará la gloria cartaginesa con el auxilio de las armas troyanas! Implora tú á los dioses, y ya aplacados con tus sacrificios conságrate á los cuidados de la hospitalidad y discurre pretextos para detener á Eneas y á los suyos, miéntras las borrascas y el poderoso Orion revuelven los mares y están rotas sus naves y les es contrario el cielo.»

Con estas palabras inflamó Ana aquel corazon ya abrasado de amor, dió esperanzas á aquel ánimo indeciso, y acalló la voz del pudor.

«Su primer cuidado, dice el poeta, es dirigirse á los templos é implorar el favor de los dioses en los altares; con arreglo á los ritos inmolan dos ovejas escogidas á Céres legisladora, á Febo y al padre Lieo, y ante todo á Juno, patrona de los lazos conyugales. Alzando una copa en la diestra, la derrama Dido entre los cuernos de una vaca blanca, y luego recorre lentamente los altares bañados en sangre. Cada dia renueva las ofrendas, y escudriñando con la vista los abiertos pechos de las víctimas, consulta sus entrañas palpitantes. ¡Oh vana ciencia de los agüeros! ¿De qué sirven los votos, qué valen los templos á la mujer que arde en amor? Miéntras invoca á los dioses consume sus huesos dulce fuego y vive en su pecho la encendida llama; la desventurada Dido arde en amor y vaga furiosa por las calles de la ciudad; así incauta cierva herida en los bosques de Creta por la flecha que un cazador le dejó clavada sin saberlo, huye por las selvas y los montes dícteos, llevando hincada en el costado la letal saeta. Unas veces conduce á Eneas consigo á las murallas para enseñarle las riquezas sidonias y las comenzadas obras de la ciudad; empieza á hablarle y se calla á la mitad del discurso; otras veces, al caer la tarde, le brinda con nuevos festines, y quiere, en su demencia, oir por segunda vez los desastres de Troya, quedando por segunda vez pendiente de los labios del narrador. Luego, cuando ya se han separado y oculta la luna su luz y los astros al declinar convidan al sueño, gime de verse sola en su desierta morada y se tiende en el lecho en que ántes estuvo Eneas. Ausente le ve, ausente le oye; si estrecha en su regazo á Ascanio cree ver en él la imágen de su padre, y quiere así engañar un insensato amor. Ya no se levantan las empezadas torres; la juventud no se ejercita en las armas ni trabaja en los puertos ni en las fortificaciones. Todas las obras quedan interrumpidas y los comenzados muros y las altas máquinas amenazan acabar en ruina.

«Cuando la esposa de Júpiter, hijo de Saturno, vió á Dido presa de tamaño mal, sin que bastara el cuidado de su fama á enfrenar su ardiente pasion, dirigióse á Vénus y le dijo:

»—¡Insigne loor alcanzais en verdad y magníficos despojos tú y tu hijo! ¡Grande y memorable hazaña quedar vencedoras de una mujer las artes de dos númenes! No se me oculta que desconfiais de la naciente y ya poderosa Cartago; pero ¿cómo acabará todo esto y á qué conducen nuestras grandes luchas? ¿Por qué no hemos de concertar más bien eterna paz y como prenda de ella un himeneo? Pues has conseguido lo que tanto deseabas y arde Dido en amor, rijamos ámbos pueblos unidos bajo nuestro comun amparo; consiente que Dido se una á un esposo frigio, y sean los Tirios la dote que le dé tu mano.

»Conoció Vénus el ardid de Juno, que hablaba así con objeto de llevar á las playas africanas el reino de Italia, y le respondió de esta manera:

»—¿Quién había de ser tan insensato que tales proposiciones rehusase ó prefiriese ponerse en pugna contigo? Falta sólo que la Fortuna favorezca tus planes; pero dudo si los Hados, si la voluntad de Júpiter consentirán que se junten en una sola ciudad los Tirios y los desterrados de Troya, dudo que aprueben esa mezcla de pueblos y esa proyectada alianza. A tí, que eres su esposa, toca doblar su ánimo con ruegos; empieza, y yo te seguiré.

»—De mi cuenta corre eso; escucha ahora por qué medio podrá alcanzarse lo que tanto importa. Apénas despunte el sol é ilumine el orbe con sus rayos, saldrán Dido y Eneas de caza; yo desataré sobre ellos negro temporal de agua y granizo, y haré retemblar con truenos el firmamento miéntras recorran el bosque los veloces jinetes y lo cerquen los ojeadores. Se dispersará la comitiva envuelta en opacas tinieblas, y Dido y el caudillo troyano irán á refugiarse en una misma cueva; yo estaré allí, y si puedo contar con tu voluntad, los uniré con indisoluble lazo: Dido será de Eneas y allí acudirá Himeneo.

»Accedió Citerea sin dificultad á lo que le pedía Juno, riéndose de su descubierto ardid.

»En tanto la naciente Aurora se levanta del Océano, y la flor de la juventud sale de la ciudad, llevando con profusion apretadas redes, lonas y jabalinas de acerada punta. Acuden los jinetes masilios y las alborotadas jaurías; los primeros caudillos cartagineses aguardan en el umbral del palacio á la reina, que se detiene aún en el lecho; vistosamente enjaezado de púrpura y oro su caballo está á la puerta, tascando impaciente el espumoso freno. Adelántase por fin Dido, acompañada de numeroso séquito, cubierta de una clámide sidonia con cenefa bordada; lleva una aljaba de oro, recogido el cabello en dorada redecilla, y prendida la purpúrea vestidura con un áureo broche. Síguenla los Frigios y el alegre Iulo; á su frente va Eneas, radiante de hermosura, y al reunirse con ella júntanse igualmente ámbas comitivas. Cual Apolo cuando abandona la helada Licia y las corrientes del Xanto, y visita la materna Delos é instaura los coros en que mezclados Cretenses y Driopes y los pintados Agatirsos, se revuelven furiosos al rededor de los altares, miéntras él recorre las cumbres del Cinto, y ajustando la cabellera suelta al viento, la sujeta con delicada guirnalda de hojas y oro, pendiente de los hombros la sonora aljaba; tal y no ménos gallardo iba Eneas, no ménos hermosura resplandecía en su noble semblante. Así que llegaron á los altos montes y penetraron en sus más intrincadas guaridas, vieron á las cabras monteses precipitarse de las fragosas cumbres y á los ciervos cruzar corriendo el llano y abandonar las selvas, huyendo reunidos en polvoroso tropel. En medio de los valles el niño Ascanio no cabe en sí de gozo montado en fogoso corcel y se adelanta en la carrera, ya á unos, ya á otros, pidiendo á los dioses que le envíen entre aquellos rebaños fiero jabalí ó que rojo leon baje del monte.

»En esto comienza á revolverse el cielo con gran estrépito, y á poco cayó un aguacero mezclado de granizo. Tirios y Troyanos dispersados corren en busca de diversos refugios; derrúmbanse de los montes los torrentes, y Dido y el caudillo troyano llegan á la misma cueva. Dada la señal por la Tierra y la prónuba Juno, brillan los relámpagos, inflámase el éter, cómplice de aquel himeneo, y en las altas cumbres prorumpen las ninfas en grandes alaridos. Fué aquel dia el primer orígen de la muerte de Dido y el principio de sus desventuras, pues desde entónces nada le importó de su decoro ni de su fama. Ya no oculta su amor, ántes le da el nombre de conyugal enlace, y con este pretexto quiere disfrazar su culpa.

»Vuela al punto la Fama por las grandes ciudades de Libia; la Fama, la más veloz de todas las plagas, que vive con la movilidad y corriendo se fortalece; pequeña y medrosa al principio, pronto se remonta á los aires, y con los piés en el suelo, esconde su cabeza en las nubes. Cuéntase que irritada contra los dioses su madre la Tierra la concibió, última hermana de Ceo y Encelado, rápida por sus piés é infatigables alas; monstruo horrendo, enorme, cubierto el cuerpo de plumas, y que debajo de ellas tiene otros ojos, siempre vigilantes, y otras tantas lenguas, y otras tantas parleras bocas y aguza otras tantas orejas. De noche tiende su estridente vuelo por las sombras entre el cielo y la tierra, sin que cierre sus ojos el dulce sueño; de dia se instala cual centinela en la cima de un tejado ó en una alta torre, y llena de espanto las grandes ciudades, mensajera tan tenaz de lo falso y de lo malo como de lo verdadero y bueno. Entónces se complacía en pregonar por los pueblos multitud de voces, difundiendo igualmente lo que había y lo que no había; decía que era llegado Eneas, descendiente del linaje troyano, con quien la hermosa Dido se había dignado enlazarse, y que á la sazon pasaban el largo invierno entre placeres, olvidados de sus reinos y esclavos de su torpe pasion.»

Estas voces llegaron á oidos de Iarbas, hijo de Amon y de una ninfa robada al país de los Garamantas, que desde el principio ardía en amor por la princesa; en sus vastos estados había erigido á Júpiter cien templos inmensos en cuyos altares ardía sin cesar el fuego sagrado en perpétuo honor de los dioses. Inflamado y fuera de sí con aquellos rumores, elevó sus preces á Júpiter, y el poeta pone en sus labios las siguientes palabras:

«—¡Oh Júpiter todopoderoso, á quien la mauritana gente, tendida en pintados lechos, ofrece en sus banquetes el vino de las libaciones! ¿No estás viendo lo que pasa? ¿Temblarémos en vano ¡oh padre! cuando fulmines tus rayos? Esa mujer que llegó errante á mis fronteras y me compró el derecho de fundar una reducida ciudad; esa mujer á quien dí la tierra que habrá de cultivar, no contenta con repeler mi alianza, recibe en su reino á Eneas como señor, y éste, nuevo Páris, ceñidas las sienes con la mitra meonia y perfumado el cabello, está disfrutando de su conquista, miéntras para lograrla presento yo inútilmente mis ofrendas en tus templos.»

Oyó Júpiter la imprecacion que Iarbas le dirigía abrazado á los altares, volvió los ojos á las regias murallas de Cartago y á los regios amantes que allí moraban, y dirigiéndose luego á Mercurio, le dijo:

«—Vé pronto, hijo mio; llama á los Céfiros, y vé volando á hablar al caudillo dárdano, que permanece en la tiria Cartago desatendiendo las ciudades que le tienen concedidas los Hados: llévale mis palabras en los rápidos vientos. No es ese el héroe que me prometió su hermosísima madre, ni para eso le libertó dos veces de las armas de los Griegos; ántes bien me prometió que regi-

ría la Italia, futura madre de muchos imperios, sedienta siempre de guerras que habían de perpetuar el alto linaje de Teucro y someter á sus leyes todo el orbe. Si la ambicion de tan altos hechos no le inflama, aunque nada quisiera sacrificar á su propia gloria, ¿puede acaso, siendo padre, arrebatar á Ascanio las grandezas romanas? ¿En qué está pensando, pues, cuáles son sus propósitos al detenerse entre una nacion enemiga, sin acordarse de su descendencia ausonia ni de los lavinios campos? Mi voluntad es que se embarque; sé tú el mensajero que se la comunique.»

Apénas tocó Mercurio con sus aladas plantas el suelo de Cartago, vió á Eneas ocupado en echar los cimientos de las fortalezas y casas de la nueva ciudad. Ceñia reluciente espada con empuñadura de verde jaspe, y pendia de sus hombros rico manto de púrpura tiria, regalo de la opulenta Dido y obra de sus manos. Al punto se llegó á él y le dijo:

«—Imposible parece que ahí estés labrando los cimientos de la soberbia Cartago y que sometido á una mujer edifiques para ella una ciudad, en menoscabo de tu reino y de tus intereses. El soberano de los dioses que rige con su voluntad suprema cielo y tierra, me envía á tí desde el encumbrado Olimpo y me ordena cruzar los raudos vientos para decirte: ¿en qué piensas? ¿qué propósitos son los tuyos al perder así el tiempo en las tierras de Lidia? Si no te mueve la ambicion de tus altos destinos, si nada quieres acometer por la propia gloria, piensa en Ascanio, piensa en las esperanzas de tu heredero Iulo, para quien tienen reservado los dioses el reino de Italia y la romana tierra.»

Dicho esto, se despojó Mercurio de la mortal apariencia, y sin aguardar la respuesta de Eneas se desvaneció á su vista, confundiéndose con las leves auras.

Consternado quedó Eneas ante aquella aparicion y sintió que se le erizaban de horror los cabellos: él que si bien, no atreviéndose á aceptar la mano y el trono que Dido le ofreciera, se encontraba bien hallado en los brazos de la enamorada reina; él que por ella, á la cabeza de Troyanos y Cartagineses, había marchado á combatir al enfurecido é insolente Iarbas y le había vencido, atónito con tan grave aviso y con el expreso mandato de los dioses, sintió nacer vivos deseos de huir y abandonar el suelo que le era tan grato; pero ¿cómo hacerlo? ¿Con qué razones se atreverá á explorar la voluntad de la apasionada reina? ¿Cómo empezar á prepararla? Mil y mil veloces pensamientos se suceden en su mente y la agitan en todos sentidos hasta que, despues de prolongada indecision, atiénese, como más acertado, al siguiente partido. Llama á Menesteo, á Sergesto y al fuerte Seresto, y les manda que con sigilo aparejen la flota y reunan á los Teucros en la playa, que aperciban las armas y disimulen la causa de aquellas novedades, miéntras él, ántes que se despierten las sospechas de la noble Dido, escogerá la ocasion propicia para hablarle y salir con bien del arriesgado trance.

Sus órdenes fueron al punto acatadas; pero no estaban aún del todo cumplidas, cuando la reina (¿quién podría engañar á una amante? pregunta el poeta), presintió la trama y supo los preparativos que en las naves se realizaban. Enfurecida, fuera de sí, recorre la ciudad, cual bacante que estimulada por los orgías trienales, oye la voz de Baco y los nocturnos clamores del Citeron, y dirigiéndose luego á Eneas, le dice:

«—¿Esperabas, pérfido, poder ocultarme tan negra maldad y salir furtivamente de mis estados? ¿Conque no te contiene mi amor, ni esta diestra que en otro tiempo te dí, ni tampoco la desastrosa muerte que me espera? ¡Ingrato! Y como si todo esto no bastara aparejas tus naves, cruel, en la estacion invernal y te apresuras á darte al mar cuando soplan los aquilones. Díme, ¿huyes de mí? Pues si es así, por estas lágrimas mias, por esa tu diestra, por nuestro enlace, por nuestro comenzado himeneo, si algo merezco de tí, si alguna felicidad te he dado, yo te suplico que te compadezcas de este amenazado reino, y renuncies á tu bárbaro propósito. Por tí me he hecho aborrecible á las naciones de Libia y á los tiranos de los Nómadas; por tí soy odiosa á los Tirios; por tí, en fin, he sacrificado mi pudor y perdido mi primera fama, único bien que me remontaba hasta los astros. ¿Á quién me abandonas moribunda ¡oh huésped! pues sólo este nombre queda al que fué mi esposo? ¿Qué aguardo ya? ¿Acaso á que mi hermano Pigmalion venga á destruir mis murallas, ó á que el gétulo Iarbas, en venganza de su oprobio, me lleve cautiva? Si á lo ménos ántes de tu fuga me quedase alguna prenda de tu amor, si viese juguetear en mi corte un pequeñuelo Eneas, cuyo rostro infantil me recordase el tuyo, no me creería enteramente vendida y abandonada.»

Esfuérzase Eneas en encerrar su pena en lo más recóndito del pecho, y atento al mandato de Júpiter, contesta á la reina con estas palabras:

«—Jamás negaré los grandes favores que te debo; siempre ha de serme grato el recuerdo de Elisa en tanto conserve memoria de mí mismo y anime mi cuerpo el soplo de la vida. Poco diré para justificarme: nunca me propuse, créelo, huir secretamente; pero tampoco pensé nunca encender aquí las teas del himeneo ni te dí palabra de esposo. Si los Hados me permitiesen disponer de mi vida á mi completo arbitrio, mi primer cuidado habría sido restaurar la ciudad de Troya y las dulces reliquias de los mios; aún subsistirían los altos alcázares de Príamo y mi mano habría levantado para los vencidos un Pérgamo; pero Apolo me manda á la grande Italia, á Italia me envían los oráculos de Licia, y allí está mi amor, allí mi patria. Si á tí, nacida en Fenicia, te agrada habitar los palacios de la africana Cartago, ¿por qué has de impedir á los Teucros que vayan á establecerse á Ausonia? Justo es que tambien nosotros busquemos un reino extranjero. Cuantas veces es invadida la tierra por las sombras de la noche, cuantas veces se levantan los encendidos astros, la pálida imágen de mi padre Anquises me amonesta en sueños y me llena de pavor, y pienso en el niño Ascanio, en el querido hijo mio á quien estoy injustamente privando del reino de Hesperia y de los campos que le reservan los Hados. Y ahora poco, el mensajero de los dioses, enviado por el mismo Júpiter (por mi padre y por mi hijo te lo juro), me ha traido por los rápidos vientos la órden de partir: yo mismo con mis propios ojos ví al dios bañado en viva claridad, y oí su voz con mis propios oidos. Cesa, pues, de agravar con tus quejas tu dolor y el mio; no por mi voluntad voy á Italia.»

Miéntras de esta suerte hablaba Eneas, llevaba Dido á todos lados sus inciertos ojos; luego le recorre de piés á cabeza con silenciosa mirada, y furiosa le dice:

«—No, no fué una diosa tu madre, pérfido, ni procedes del linaje de Dárdano; el Cáucaso, erizado de duras peñas, te engendró y te alimentaron las tigres hircanias. Porque ¿á qué más disimulo? ¿á qué mayores ultrajes? ¿Le ha conmovido acaso mi llanto? ¿Ha vuelto alguna vez los ojos hacia mí? ¿Ha llorado, vencido por mis lágrimas, ó se ha compadecido de su amante? ¿Qué más he de sufrir? No, no, ni la poderosa Juno, ni el hijo de Saturno ven estas cosas con ojos serenos. Ya no existen en el mundo fé ni agradecimiento; arrojado á la playa, mísero y necesitado de todo, le recogí, le dí, insensata, una parte en mi reino, salvé su armada perdida y liberté de la muerte á sus compañeros. ¡Ah, las Furias me abrasan, me arrebatan! ¡Y aún me hablas del agüero de Apolo, de los oráculos de Licia y del mensaje que el enviado de los dioses por los aires te ha traido, como si los dioses se afanasen por esas cosas, como si tales cuidados fuesen á turbar su reposo! Véte, no te detengo ni quiero refutar tus palabras; vé á buscar la Italia en alas de los vientos; vé á buscar un reino cruzando las olas. Yo espero que si algo pueden los piadosos númenes has de encontrar el castigo en medio de los escollos y que serán muchas las veces que invocarás el nombre de Dido. En tu ausencia te seguiré en forma de negros remordimientos, y cuando la fria muerte haya desprendido el alma de mis miembros, sombra terrible, me verás constantemente á tu lado. No quedará impune tu crímen ¡oh traidor! y la fama de tu suplicio llegará hasta mí á la profunda mansion de los manes.»

Y sin aguardar respuesta, llena de dolor, ocultóse la triste reina á la luz del dia y huyó de la vista de Eneas, dejándole indeciso y amedrentado; sus doncellas hubieron de sostenerla; lleváronla casi exánime á su marmóreo aposento y la tendieron en su lecho.

A poco el piadoso Eneas, aunque bien quisiera consolarla y calmar su afan con afectuosas palabras, gimiendo amargamente y quebrantado su ánimo por un grande amor, decide no obstante acatar el divino mandato y se dirige á revistar su armada. Con esto redoblan los Troyanos sus esfuerzos y desencallan en la playa los altos bajeles. Ya flotan sobre las aguas las embreadas quillas; en su afan de emprender pronto la fuga, traen de las selvas hojosas ramas y maderas sin labrar que emplean á manera de remos.

«Por todas las puertas de la ciudad se ve salir á los Teucros en tropel, como las hormigas cuando saquean un gran monton de trigo en la prevision del invierno, y lo trasladan á su granero: va por los campos el negro escuadron llevándose su presa por angosta vereda entre la hierba; unas acarrean con grande empuje los granos mayores; otras reunen las huestes y castigan á las morosas: hierve con la faena toda el sendero. Al presenciar aquellos preparativos ¿cuáles ¡oh Dido! eran tus pensamientos? ¿qué gemidos exhalabas al ver desde lo alto de tu palacio hervir en gentes toda la playa y mezclarse todos aquellos clamores al estruendo del mar? ¡Cruel amor! ¿A qué no impeles á los mortales corazones? De nuevo tiene que recurrir á las lágrimas, otra vez ha de apelar á las súplicas y doblar su orgullo bajo el yugo del amor para que nada le quede por intentar ántes de darse inútil muerte.

»—Ana, dice á su hermana, ¿ves ese gran movimiento en la playa? A ella acuden los Troyanos, y ya las velas llaman al viento, y ya alegres los marineros han ceñido las popas con guirnaldas. Yo debí prever este gran dolor, y si bien pienso que mis fuerzas han de sobrellevarlo, consiente, hermana mia, en otorgar á la desgraciada Dido un último favor. Pues á tí sola demostraba el pérfido afecto, y áun te confiaba sus secretos pensamientos; pues tú sola conocías los caminos y la ocasion de penetrar en el corazon de ese hombre, vé, hermana, y suplicante habla á ese soberbio enemigo. Si no juré en la Áulide con los Griegos el exterminio de la nacion troyana, ni envié una armada contra Pérgamo, ni arranqué de su sepulcro la ceniza y los manes de su padre Anquises, ¿por qué de este modo cierra despiadado el oido á mis palabras? ¿Por qué huye de mí tan precipitadamente? Como postrera merced á la desventurada amante, espere una fuga más fácil y más prósperos vientos. No reclamo ya la antigua fé, por él violada, ni que abandone por mí el suspirado Lacio, renunciando á su reino; no pido más que un breve plazo, una corta tregua para calmar mi delirio, en tanto aprendo de la fortuna á llorar vencida y resignada. ¡Ten compasion de tu hermana! Este postrer favor te pido, y si me lo otorgas, mi gratitud, de cada dia mayor, te acompañará hasta la hora de mi muerte.

»Tales son las súplicas, tales los lamentos que su afligida hermana lleva y vuelve á llevar continuamente á Eneas; pero él permanece á todos insensible y nada quiere oir: á ello se oponen los Hados, y una deidad cierra su

pecho á la compasion. A la manera que los vientos de los Alpes luchan entre sí por descuajar en su empuje en todas direcciones robusta y añosa encina, y enfurecidos rugen, y sacudiendo su tronco cubren en torno la tierra de desgajadas ramas, miéntras ella persevera clavada en las rocas y tanto levanta su copa por las etéreas auras cuanto hunde sus raíces en el Tártaro, así el héroe, combatido por aquellas incesantes súplicas, vacila y su corazon se siente devorado de pena; pero su resolucion persevera inmoble y las lágrimas le asedian en vano.

»En vista de su cruel destino la desgraciada Elisa implora la muerte; la luz del dia llena su corazon de amargura, y como para más impulsarla á su propósito de quitarse la vida, vió ¡horrible presagio! miéntras ofrecía donativos y quemaba incienso en las aras, ennegrecerse los sagrados licores y convertirse en sangre los derramados vinos. A nadie, ni áun á su hermana, refirió la siniestra vision.

»Había en su palacio un altar de mármol consagrado á su primer esposo, y solía la reina decorarlo con gran pompa, ciñéndole de blancos vellones y de sagradas ramas. De allí, cuando la oscura noche cubria la tierra, pareciale que salían voces y palabras de su esposo, que la llamaba, y que muchas veces un buho, solitario en la más alta torre del alcázar, se lamentaba con lúgubre canto, exhalando prolongados y lastimeros gemidos. Espantábanla ademas con terribles avisos numerosas predicciones de los antiguos vates, y el mismo Eneas, cruel y despiadado, se le aparece en sueños y más la agita y enloquece. Imagínase siempre verse abandonada y sola, y cree ir de continuo andando por largo camino, de nadie seguida, buscando á sus Tirios por un país desierto. Era semejante á Penteo demente que veía la turba de las Euménides y tenía siempre delante de sí dos soles y dos Tébas; ó á Orestes, hijo de Agamenon, que fuera de sí, huye en la escena de su madre armada de teas y negras serpientes y ve sentadas en el umbral del templo á las vengadoras Furias.

»Así que, rendida al dolor y abandonada á la desesperacion, resolvió morir, dispuso consigo misma, á sus solas, el modo y la ocasion de hacerlo, y componiendo el rostro para mejor disimular su aciago intento, con la frente serena y radiante de esperanza, habló en estos términos á su afligida hermana:

»—Felícitame: ya he discurrido el medio de recobrar á Eneas ó de curarme de este amor que le profeso. Hay un lugar, término del país de los Etíopes, cerca de los confines del Océano y del sol en su ocaso, donde el nmenso Atlante hace girar sobre sus hombros el eje del cielo tachonado de estrellas. De allí ha venido y se me ha presentado una sacerdotisa de la nacion masilia, antigua custodia del templo de las Hespérides, que guardaba en el árbol los sagrados ramos y daba al dragon manjares rociados de miel y adormideras. Esta promete sanar á su arbitrio con sus conjuros los pechos enamorados, ó infundir en otros los tormentos del amor; ataja las corrientes de los rios, hace que retrocedan los astros y evoca los manes durante la noche. Óyese á la tierra mugir bajo sus piés, y vénse á su voz bajar los olmos de las montañas. Testigos me son los dioses y tambien tú, querida hermana, á quien tanto quiero, de que muy á pesar mio recurro á las artes mágicas. Para ello levanta secretamente en el interior del palacio y al aire libre una pira, y coloca encima las armas de Eneas, que el impío dejó colgadas en nuestro tálamo, cuantas prendas de él me quedan y tambien el tálamo conyugal en que perecí: la sacerdotisa manda que destruya así los recuerdos todos de ese hombre odioso.

»Dicho esto, calló Dido y cubrióse su semblante de mortal palidez; Ana, sin embargo, no llegó á sospechar que su hermana encubriese bajo aquellos desusados sacrificios proyectos funerarios, ni pudo imaginar que á tanto llegase su delirio y fuese mayor su desesperacion que cuando murió Siqueo. Cumplió, pues, sus mandatos, y luego que quedó levantado en el interior de palacio una gran pira al aire libre, con teas y ramas de encina, enguirnalda la reina aquel recinto, adórnalo con fúnebre ramaje y coloca sobre el tálamo los vestidos de Eneas, su espada y su imágen, segura ya de la suerte que le aguarda. Varios altares rodean la pira, y la sacerdotisa, suelto el cabello, invoca por tres veces con voz tonante á los dioses infernales, al Erebo, al Caos, á la triforme Hécate, á Diana, la vírgen de tres caras; al mismo tiempo derrama turbias aguas para simular las del Averno, y el zumo de aquellas vellosas hierbas segadas á la luz de la luna con podadera de cobre, que destilan negro veneno, al cual mezcla el hipomanes arrancado de la frente de un potro recien nacido, arrebatado á la madre. La reina, descalzo un pié y desceñida la túnica, presenta á los altares con sus piadosas manos la sagrada mola; próxima á morir, toma por testigos á los dioses y á los astros, sabedores de su fatal destino, y si existe un númen vengador de los amantes burlados, implora el auxilio de su justicia.

»Era de noche; los fatigados cuerpos disfrutaban en la tierra de apacible sueño y descansaban las selvas y los terribles mares. Era la hora en que llegan los astros á la mitad de su carrera, en que callan los campos, en que los ganados y las pintadas aves, los animales que moran en los extensos lagos y los que pueblan los montes, entregados al sueño en el nocturno silencio, mitigan sus cuidados y olvidan sus faenas. No así la desventurada Dido, á cuyos ojos no llegaba el sueño, ni á su pecho el descanso, ántes bien aumenta la noche sus penas y más embravece su amor, en tanto que su corazon fluctúa en un piélago de iras. Hablando consigo misma, revuelve en su mente estos pensamientos:

»—¿Qué debo hacer? ¿He de exponerme á que se burlen de mí mis antiguos pretendientes, solicitando enlazarme con alguno de esos reyes nómadas á quienes tantas veces desdeñé por esposos? ¿Seguiré por ventura la flota troyana y me someteré cual esclava á las órdenes de los Teucros? ¡A fé mia que he de estar satisfecha de haberles dado auxilio y que guardan buena memoria y gratitud insigne de los favores recibidos! Pero, aunque quisiera, ¿me lo permitirían acaso? ¿Me recibirían en sus soberbias naves siendo como soy por ellos odiada? ¡Ay de tí, infeliz, que no conoces aún los perjurios de la raza de Laomedonte! ¿Qué debo hacer, pues? ¿Acompañaré, sola y fugitiva, á esos altivos mareantes ó me uniré á ellos seguida de mis Tirios y mis pueblos todos? ¿Expondré de nuevo á los azares del mar, mandaré dar otra vez al viento la vela á los que con tanto afan arranqué de la ciudad sidonia? No, muere más bien como mereces, y conjura con el hierro el dolor. ¡Tú la primera, hermana; tú, vencida de mis lágrimas y de mi ciega pasion, me has traido estas desgracias y me has entregado á mi enemigo! ¡Pluguiera á los dioses que, inocente y libre, hubiera vivido como las fieras, sin probar tan crueles angustias! ¡Ojalá hubiese guardado la fé prometida á las cenizas de Siqueo!

»Decidido ya á partir y dispuesto todo, dormía Eneas en su alta nave, cuando vió la imágen del mismo númen que ya ántes se le había aparecido, imágen en un todo semejante á Mercurio por la voz, por el color, por su rubio cabello y juvenil belleza, y de nuevo se figuró que le hablaba así:

»—Hijo de una diosa, ¿cómo es posible que duermas en este duro trance? ¿No conoces los peligros que para lo futuro te rodean? ¿No percibes, insensato, el soplo de los céfiros bonancibles? Resuelta á morir, revuelve Dido en su mente engaños y maldades ¿cómo no precipitas la fuga miéntras puedes hacerlo? Pronto verás la mar cubrirse de naves y brillar amenazadoras teas: si te coge la aurora detenido en estas tierras, verás hervir en llamas la ribera toda. Ea, pues, ¡no más dilaciones! La mujer es siempre voluble.

»Y dicho esto se confundió la aparicion con las sombras de la noche.

»Aterrado Eneas con aquellas visiones se arranca al sueño y hostiga á sus compañeros diciéndoles:

»—Despertad al punto, remeros, y acudid á vuestros bancos. ¡Pronto, tended las velas! Por segunda vez una deidad, enviada desde el alto éter, me insta á acelerar la fuga y á cortar los retorcidos cables. Quien quiera que seas, poderoso dios, á seguirte vamos acatando tu mandato. Asístenos propicio y haz que brillen para nosotros en el cielo astros favorables.

»Y desenvainando la centellante espada cortó de un tajo las amarras. Su ardor se comunica á sus compañeros, y todos se apresuran, todos se precipitan á las naves. Abandonan éstas la playa, y levantan los remos olas de espuma.

»Ya la naciente aurora inundaba la tierra de nueva luz, cuando desde la atalaya vió la reina alejarse en órden la armada; vió tambien desierta la playa y el puerto sin remeros, y golpeándose tres y cuatro veces el hermoso seno y mesándose el rubio cabello, exclamó:

»—¡Oh Júpiter, se me escapará ese hombre! ¡Ese advenedizo se habrá burlado de mí en mi propio reino!... ¡Cómo! ¿No empuñarán los mios las armas, no saldrán á perseguirle? Id, volad, soltad las velas, no deis paz á los remos. Pero ¿qué digo? ¿dónde estoy? ¿qué desvarío me ciega? ¡Dido infeliz! ahora adviertes su maldad; más te valiera advertirla cuando le dabas tu cetro. Esa es su palabra, esa su fé, ese es el hombre de quien cuentan que lleva consigo sus patrios Penates y que sacó de Troya sobre sus hombros á su anciano padre. Si pude apoderarme de él y despedazar su cuerpo y dispersarlo por las olas y acuchillar á sus compañeros y sin respetar siquiera á Ascanio, ofrecerle por manjar en la mesa de su padre, ¿por qué no lo hice?... Tal vez en esa lid la victoria habría sido dudosa... ¡Que lo fuese! Destinada á morir, ¿qué tenía yo que temer? Yo misma habría llevado las teas á sus reales, habría incendiado sus naves y exterminado al hijo y al padre con toda su raza, y á mí misma despues de ellos... ¡Oh sol que iluminas con tu resplandor todas las obras de la tierra, y tú, Juno, testigo y cómplice de mi desventura! ¡Oh Hécate, por quien resuenan en las encrucijadas nocturnos aullidos! Vosotras, Furias vengadoras, y vosotros todos, dioses de la moribunda Elisa, oid estas palabras mias, atended á mis súplicas y caiga sobre esos malvados vuestro númen vengador. Si es forzoso que ese infame arribe al puerto y pise el suelo de Italia; si así lo exigen los hados de Júpiter y es el hecho inevitable, que á lo ménos, acosado por la guerra y las armas de un pueblo audaz, arrancado de los brazos de Iulo, implore auxilio y vea la indigna matanza de sus compañeros; y cuando se someta á las condiciones de una paz vergonzosa, no goce del reino ni de la deseada luz del dia, ántes sucumba á temprana muerte y quede insepulto su cuerpo en arenosa playa. Esto os suplico, este es el postrer anhelo que exhalo con mi sangre. Y vosotros ¡oh Tirios! cebad vuestro odio en su hijo y en su futuro linaje, y ofreced ese tributo á mis cenizas. Nunca haya amistad, nunca alianza entre ámbos pueblos. De mis huesos álzate ¡oh vengador destinado á perseguir á sangre y fuego á los advenedizos hijos de Dárdano! Yo te ruego que ahora y siempre y en cualquier ocasion en que haya fuerza bastante, lidien las dos naciones, playas contra playas, olas contra olas, armas contra armas, y que peleen entre sí hasta sus postreros descendientes.

»Esto diciendo, revolvía mil proyectos en su mente, discurriendo el medio de quitarse lo más pronto posible la odiosa vida. Llama á Barce, nodriza de Siqueo (pues su antigua patria guardaba las cenizas de la suya), y le dice: